

LA MINA

Estos hombres terrosos, roídos de amarillo, arañan las entrañas del hambre, llegaron a este monte de Vizcaya desde Valladolid, Cáceres, Zamora, estoy con ellos estos días de febrero -la niebla alcanza nuestra cintura-, escucho los rai-les, las piquetas, el agudo trepidar de la limpiadora; entramos en el barracón-comedor: anchas manos abarcan el pan, empuñan la cuchara, mastican despaciosamente, acaso con un ric-tus de rabia. A las cinco de la mañana abordamos el funicular que, entre ortigales y algún arbolillo renco, sube rectamen-te a la cumbre..., suena la sirena de la tarde y reemprendemos la misma marcha, cayendo al sueño como a un pozo de fango, mientras la lluvia resbala por las paredes fatigadas de la noche.

Un sol anémico de domingo ilumina la plaza, el kiosko de la música, los desvaídos letreros "ZAPATERIA" "LA CONCHA" "ULTRA-MARINOS"; están los mineros parados junto al muro, entran o salen pausadamente de la taberna, bostezan o maldicen, no hay más que esperar otro día, otra semana, otro tiempo que ponga los vasos en su sitio.

